

# Infancia y literatura. Walter Benjamin y el problema de la literatura infantil.<sup>1</sup>

Carlos Araya Moreno

## RESUMEN

El estado destina la infancia y la compromete como juventud la destina a su humanidad, al significado de la palabra. ¿Cómo pensar aquí la posibilidad de una infancia abyecta? Más allá de toda edad psicósomática. Como infancia del lenguaje, *voz en el lenguaje*. Problema, que compromete biopolíticamente los recursos de la sociedad, que no se reduce al de la literatura infantil, pero sí podría comenzar preguntando desde ella como programa moral y educativo. Cómo intención de destino, aprendizaje de lo humano, estado, y ley. ¿Qué experiencia (zoe) puede acaso aflorar en esta *bíos* destinada por la moraleja?

Palabras clave: Estado, infancia, literatura, destino, voz, lenguaje

## ABSTRACT

When the state intended for children as young commits and the intended his humanity, the meaning of the word. How to think here the possibility of abject childhood? Beyond all ages psychosomatic. As childhood speech, voice language. Problem, which commits resources biopolitical society, which is not confined to children's literature, but it could start by asking from it as moral and educational program. How intended destination of the human learning, state, and law. What experience (zoe) may emerge in the bios perhaps intended by the moral?

Keywords: State, childhood, literature, destination, voice, language

Cuando Agamben dice que una “teoría de la experiencia que verdaderamente pretendiera plantear de manera radical el problema de su dato originario debería (...) recoger los movimientos, anteriores a esa “expresión primera”, (...) “por así decir todavía muda””<sup>2</sup>, preguntando si existe una infancia de la experiencia, y si existe, ¿cuál es su relación con el lenguaje? Lo que pone en juego ya en *Infancia e historia* (1977) es la cuestión de la voz en el lenguaje, y que la pregunta por su infancia, intenta exponer como las condiciones inmanentes en que una experiencia pueda originarse. Dicha inmanencia que no es otra que la infancia, es la voz que bajo estado de fundación pasaría a ser lenguaje, y recién entonces silencio mitológicamente pasado, escusativamente constituido por la fuerza del sentido maduro. Como dice Agamben de la carta de Benjamin a Buber, “el concepto de infancia es accesible sólo para un pensamiento que haya

---

<sup>1</sup> Parte de este texto fue expuesto en el III Coloquio Latinoamericano de Biopolítica y I Coloquio Internacional de Biopolítica y Educación. Universidad Pedagógica de Buenos Aires, Buenos Aires, Argentina, 2011.

<sup>2</sup> Agamben, Giorgio, *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo editora, Buenos Aires, 2007, p 48.

comprendido aquella “purísima eliminación de lo indecible del lenguaje”<sup>3</sup>. “La singularidad, que el lenguaje debe significar, no es un inefable, sino lo máximamente decible, la *cosa* del lenguaje.”<sup>4</sup>

Esta cuestión de la voz y el lenguaje, de si es posible que el hombre, así como el rebuzno del burro o el chirrido del grillo, posea una voz que le sea propia, y en una dirección aparentemente opuesta se presenta de nuevo en la ejemplaridad de *Homo Sacer* (1995) cuando Agamben interpreta la *zoe* en la *bíos*, señalando de la *bíos* su regla excepcionante hacia la *zoe* como estructura metafísica general. Es decir, dar forma a la nuda vida, fundando “política porque el hombre es el ser vivo que, en el lenguaje, separa la propia nuda vida y opone a sí mismo, y, al mismo tiempo, se mantiene en relación con ella en una exclusión inclusiva”<sup>5</sup>. Cruzar el umbral bio-político, implica aquí, desde las mismas condiciones biopolíticas repensar la distinción entre nuda vida y forma de vida, como la forma de “representación de vida”, en la que toda representación es metafísica, y por tanto, aleccionante del sistema *zoe-bíos*. La aporía que plantea Agamben, desde Benjamin; *una vida que se resuelve íntegramente en escritura; en el estado de excepción efectivo*, viene entonces a formular no el *bíos* de la *zoe*, como una forma de la voz, sino la *zoe* de la *bío*, como una voz en la forma. *Un bíos que sea sólo su zoe*; fuera de toda contradicción, ajena la representación de vida como la idea de vida excluida de su nombre en la que vida-política no puede sino “representarse como metáfora” hacia las condiciones en que *vida pueda ser nombrada y vivida* justo en su punto coincidente. De lo que podemos observar en *Homo Sacer* una tesis sobre el lenguaje como la condición de toda “forma desnuda”, y en el que una vida es *nuda* en tanto es *muda* de metafísica y representación.

Dos infancias serían entonces las que podemos leer ya en *Infancia e historia*. Una definida como silencio de sentido, silencio de representación, como pura inmanencia, y otra como alegoría, como voz que resulta milagro desde una acumulación pura de lenguaje, como infancia trascendental.

Desde esta diferencia es fundamental seguir a Benjamin en su introducción epistemocrítica de *El origen del drama barroco alemán* (1925), al recordarnos que no debemos confundir los conceptos con las ideas o la verdad, pues lo más general son las ideas, y los conceptos en tanto mediadores entre fenómenos e ideas se comprometen como cifra denominativa, mediación que no es en sí misma una mediación, sino traducción de presencia a la espera. Espera del acontecimiento póstumo de la verdad, de forma que las ideas son a las cosas lo que las constelaciones son a las estrellas. Dice Benjamin, el ser de las ideas no puede ser concebido como una intuición, ni siquiera como una intuición

---

<sup>3</sup> Ibid, p 215

<sup>4</sup> Ibid

<sup>5</sup> Agamben, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia, 2001, pp 17-18.

intelectual, pues la verdad consiste en un ser desprovisto de intención y constituido de ideas. Es el ser del nombre, restado de cualquier fenomenalidad, en su naturaleza denominativa y no en su significado cognoscitivo el que determina el modo en el que las ideas son dadas. Al acontecer de la idea le incumbe primordialmente que la singularidad que la invoca quede salvada. Y agrega; esta profana naturaleza alegórica de la verdad, restaura la reminiscencia de una percepción originaria, donde la idea se libera como palabra con su derecho a nombrar. Por supuesto, existe otro texto de Benjamin en el que se refiere a esta percepción originaria, y me refiero al ejemplar examen del *Génesis* que realiza en *Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje del hombre* (1916), texto que comprende al nombre y al silencio entre dos tiempos. El silencio de un instante pleno del paraíso y el silencio corrupto de la caída. Donde la noción del silencio perteneciente a una concepción ampliada del lenguaje no estaría restringida exclusivamente por la condición del lenguaje humano, sino en la que éste sólo sería un caso más. Dice Pablo Oyarzún,

*El concepto benjaminiano del lenguaje está llevado por un principio de expresividad originaria, de exteriorización del propio ser (...) la lengua, en general, es pujanza, suave o poderosa, hacia el orden de la presencia (...) porque piensa el silencio como el estado fundamental de estas últimas, y no como un fenómeno del lenguaje humano<sup>6</sup>.*

El mutismo del paraíso es pura recepción de los nombres por Adán, y distaría de la caída en el silencio de la tristeza infinita, en tanto esta última ya sólo puede sobrenombrar las cosas, vulnerando indiferentemente su singularidad. El tiempo adánico, el paraíso, dice Willy Thayer;

*[es] mucho antes que la memoria se divorciara del acontecimiento y el concepto apelmazara la fugacidad”, “no poseía el síntoma de la palabra, siendo el mismo, al mismo tiempo, todo lo que la palabra hubiera requerido ser para cumplirse como un llano por el que se anda sin sorpresas<sup>7</sup>”. “El paraíso no sabrá de vida ni de muerte hasta el día en que la onomatopeya de los acontecimientos, anterior al verbo ser, se aglutine en la metáfora como enlace puritano<sup>8</sup>”. “En un abrir y cerrar de ojos sucede el paraíso y la historia. Es corriente. En un santiamén cambia la fortuna. Nace o muere uno, pero como si el pasaje de la muerte a la vida, de la historia al paraíso, estuviese vedado, o simplemente no existiera. O fueran infinitos pasajes, como en los poros de una esponja en la que cada muerte abriera una grieta imposible de llenar por el que vendrá, y que luego no estará, habiendo pasado para quedarse como huella que permanece vacía<sup>9</sup>.*

<sup>6</sup> Oyarzún, Pablo, *La letra volada. Ensayos sobre literatura*, Ediciones universidad diego portales, Santiago, 2009, p 226

<sup>7</sup> Thayer, Willy, *El barniz del esqueleto*, Palinodia, Santiago, 2011, p11

<sup>8</sup> Ibid, p 15

<sup>9</sup> Ibid, p 17

Lo indecible es aquella caída, el silencio que representamos como infancia en la noción convencional de lenguaje. La “representación del lenguaje”, que no es otra que la que se confunde con un “lenguaje de representación”, y que Benjamin llamará “concepción burguesa de la lengua”. La otra infancia aquí, es infancia de representación, infancia de espíritu, en tanto es infancia de sí misma. Así, infancia que se constituye sin silencio excepcional, sin aquel silencio que como parte del lenguaje impone su violencia fundadora y conservadora que conlleva la lógica del estado de excepción.

El estado de la infancia trampea una infancia del estado, un silencio excepcional. Silencio que él mismo planifica y conserva bajo una policía de infancia; donde el silencio ocasional de la ley es el fundador y conservador del estado reglamentario. Pero su violencia, de la que Benjamin aclara en *Para un crítica de la violencia*, no encuentra chance de justicia en la huida intencional de toda violencia, sino en la pura violencia divina que no funda ni conserva, a diferencia de la violencia mítica que sí lo hace, sino más bien ésta destruye. Divina redentora en el verdadero estado de excepción. Lo que Blanchot refiere con el mutismo del mutis como el grito sin voz que rompe con toda habla. El grito como la escritura, que tiende a rebalsar cualquier lenguaje. El grito que queda fuera del sentido, sentido infinitamente suspendido<sup>10</sup>. Destrucción de representación que no sería tan forzado pensar como acontecimiento del nombre, como flameo en el ardor de la letra muda, redención en el mutismo del nombre que propone la presencia capital de la singularidad de las cosas como acontecimiento de traducción inmanente. Traducción a manito, de uña sucia, que saborea barnices o bordes de mesa, no para aprenderlos o nombrarlos, eso vendrá destinadamente después, sino para devorarlos. Engullidamente invitados al juego de la lengua o para glasearlos como la mosca que espera paciente su olor a blanco.

¿Qué podríamos esperar de semejante carnaval de promiscuidad? ¿Cómo considerar todas estas cavilaciones para un problema tan arduo como el de la aporía de la literatura infantil? Y que el título de este texto prometía, no sin confesar a esta altura estar destinado al fracaso. La aporía a la que nos referimos. La crisis genérica de la literatura infantil, como género destinado a la moral, o como género exiliado de una literatura que rehúye la clasificación, y que Benedetto Croce excluye de la historia de la literatura en general<sup>11</sup> por falta de integridad estética. Caminos que se cierra tanto para la literatura como para la infancia por sí solas, y se formulan en la representación de la infancia como silencio y de la literatura como marco genérico de dicho silencio. Porque la posibilidad de una literatura intencionada, destinada a la infancia, cierra todo camino al revelar la intención de superar la infancia, desenmarcándose dialécticamente del silencio desde un sentido maduramente juicioso. Intención de la que un lenguaje poético general no escapa.

<sup>10</sup> Blanchot Maurice, *La escritura del desastre*. Monte avila editores pp 49-50

<sup>11</sup> (...) también Gramsci

Y aunque Agamben ya lo había precisado en su concepto de infancia; que este no sería un estadio psicosomático, o una edad específica de la vida humana, sino en tanto “la voz en el lenguaje”, problema que atraviesa al lenguaje y al hombre de forma transversal y completa. La creciente preocupación por el estadio de infancia de parte de los estados soberanos, por la publicidad, por los mercados, buscan bajo la intención de mejora de la vida el aprovechamiento y progreso de la misma. La pobreza de experiencia es sin embargo la regla social que trata con la infancia. La juventud como estado destinado en su rebeldía, condena la infancia a su pre-moralidad. Y nos obliga a preguntar ¿Qué implicancia política presenta una infancia abyecta de este programa moral? Cuando quizás es preciso pensar la relación entre el estado y la infancia desde algo así como la literatura infantil que por supuesto al alero de la tarea educativa-moral que el Estado compromete la vida que legisla y destina. Esta relación entre la literatura y la moral, puede preguntar por la relación que el Estado-política mantiene con el lenguaje, ¿qué nos dice la infancia sobre todo esto? Lo que Agamben coherentemente ya había programado como un *experimentum linguae* y la tarea de un *ethos* que exige esta experiencia. ¿Cuál podría ser un *ethos* de la singularidad del lenguaje, de una infancia del lenguaje? ¿Qué implica pensar el problema de la literatura infantil, que acaso conlleva el problema de la literatura en general, de la comunidad escrita, como escritura destinada, vida destinada, por ley y moral, que por cierto no funcionan distintas? ¿Tendremos acaso que pensar esta escritura cerradamente desde la literatura en lo que Bataille se atrevió a declarar cuando dice que *la literatura es la infancia al fin recuperada?* O *La voz en el lenguaje*, que aclara Deleuze cuando Parnet le pregunta por la infancia; y este responde; *la literatura no tiene nada que ver con la infancia, nada que ver con lo personal.... pero sí, escribir es devenir, devenir niño, devenir animal.*

La obra de Walter Benjamin, dedicada en sus primeros años a la literatura infantil, y en sus últimos a la filosofía de la historia, nos invita a hacernos cargo de esta aporía, como cierre en los caminos del significado del nombre. *Una filosofía del nombre que se asume completamente muda de significado es aquí una infancia de representación, una literatura que encuentra su chance como pura inmanencia.* En el que la literatura no puede sino ser inorgánica, irresponsable, asumiendo como dificultad el destino moral que cierta noción del lenguaje le sobrenomina.

Quizás a esto se refería Gabriela Mistral con ese tiempo pasado como tiempo del árbol-madre. Recordando la figura de la niña-madre, y que habría que leer a lo Marchant, en cercanía de la niña-árbol. El niño mexicano que recobra el bálsamo maya del que a mí me despojaron y que en sus cabellos recobró a los mayas dispersados, jugando a la ronda con los astros que espera que se lo lleven. La niña que era pajita, miniatura como la piedrita, era y no era, el niño indio que al

jugar con la Tierra la vuelve eterna. La *caperucita roja* arroyada por la bestia, quien ha *molido las carnes, y ha molido los huesos, y ha exprimido como una cereza el corazón*. De los piecitos que donde ponéis la plantita sangrante, el nardo nace más fragante, a manoseo de las *manitas pedigüeñas* dueñas del mundo. Y los cabellos de niño mejores que las alas de ángel para refrescar la magulladura al corazón y aumentar la luz que es moribunda. No era de extrañar que la Mistral ansiara que los niños jugaran con el polvo de sus huesos<sup>12</sup>. Y que en *Motivos de Barro*, agrega Mistral sobre el *polvo sagrado*;

*Tengo ojos, tengo mirada: los ojos, y las miradas derramadas en mí por los tuyos que quebró la muerte, y te miro con todas ellas. No soy ciego como me llamas. / Y amo; tampoco soy muerto. Tengo los amores y las pasiones de tus gentes derramas en mí como rescoldo tremendo. / El anhelo de sus labios me hace gemir.*<sup>13</sup>

Pasión derramada que no debe olvidar *El beso*, en *Motivos de la pasión* en la que Judas sueña que besa a Jesús, y éste le interpela;

*¿Por qué me besaste? La madre no querrá besar a su hijo porque tú lo has hecho, y todo lo que se besa por amor a la tierra, rehusará la caricia ensombrecida. ¿Cómo podré borrar tu beso de la luz, para que no se empañen los lirios de esta primavera? ¡He aquí que has pecado contra la confianza del mundo! / ¿Por qué me besaste? Ya los que mataron con cuchillas se lavaron: ya son puros. / ¿Cómo vivirás ahora? Porque el árbol muda la corteza con llagas; pero tú, para dar otro beso, no tendrás otros labios, y si besases a tu madre encanecerá a tu contacto, como blanquearon al comprender los olivos que te miraron. / Judas, Judas, ¿quién te enseñó ese beso? / -La prostituta, respondió ahogadamente, y sus miembros se anegaban en un sudor que era también de sangre, y mordía su boca para desprendérsela, como el árbol su corteza. / Y sobre la calavera de Judas, los labios quedaron, sin caer, prolongando el beso. Una piedra echó su madre sobre ellos para juntarlos; la lluvia los empapó en vano para podrirlos. Besan, siguen besando bajo la tierra!*<sup>14</sup>

¿Qué implicaría entonces para Mistral una redención de la naturaleza, qué es este llamado a los niños para que jueguen con el polvo sagrado que contiene todas las miradas, todos los ojos, y aún los besos como el de judas, labios que aún hoy siguen besando bajo tierra? Al parecer, existiría un momento adánico en la niñez, que no iría más allá de la inmanencia pura en la que los juegos profanos destruyen toda aura. Pero que no alcanzarían una metafísica de la juventud sin traicionar el silencio inmanente como silencio convencional. Lo que guardaría

<sup>12</sup> Mistral, Gabriela, *Desolación*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1990, pp 209-210

<sup>13</sup> *Ibid*, p 208

<sup>14</sup> *Ibid*, pp 231-232

coherencia con la declaración del Benjamin maduro, cuando confiesa en su *Correspondencia* cerca de 1931, año en que publica *El carácter destructivo*, sentirse lejos de la juventud, por primera vez adulto, pero en un sentido completamente distinto al de una maduración completa, sino, más cerca que nunca de la muerte, contemplando la posibilidad del suicidio. Carácter destructivo que tiene su antecedente en el texto de “Karl Kraus”. Cuando figura a Kraus como la criatura; el animal; el niño; la planta. La criatura viviente que no debe confundirse con la existencia humana, criatura de odio vital que destruye y no de odio moral que juzga. Lo que retiene en el tránsito a la existencia humana. Dice Federico Galende;

*El monstruo infantil, el aún-no-hombre es a la vez el derrocador espontáneo de la frase hecha. No sólo porque el niño utiliza las palabras antes que sobre ellas caiga todo el peso de la ley ortográfica o gramatical o porque las palabras son para él pequeñas llaves o cifras que conducen a un mundo fantástico y secreto, sino también porque el monstruo cita destruyendo el contexto de sentido en el que las palabras se amparaban.<sup>15</sup> “Lo juvenil es la discontinuidad que, en lugar de sumar años a la vida, la vivifica elevándola por encima de sí misma. Pero esta elevación es un “brotar”, un “empuje acéfalo” para utilizar la expresión de Lacan, y en este brotar lo que emerge es lo más vivo en el hombre y lo más impersonal en éste<sup>16</sup>.*

“Se mata a un niño”, dice Blanchot dos veces, “se mata a un niño”<sup>17</sup>: no debe responder el yo sino el “uno” impersonal, inactivo e irresponsable. Sabemos que la posibilidad de habla y de vida depende de la muerte y asesinato de un ficticio pasado mudo, donde se oculta el infans eterno. La operación no puede ocurrir de una vez y para siempre, se produce sin poder producirse.

La infancia inmanente y la infancia trascendental es y no es la misma infancia que se desquicia a sí misma, y que en el verdadero estado de infancia alegoriza milagrosamente el nombre inmanente a la silente letra que tiembla en el patíbulo del significado. Esa letra es otra, su singularidad es otra, cosa perdida por el lenguaje, justicia a la piedrita del nombre.

## BILIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos: Valencia, 2001.
- Agamben, Giorgio, *Infancia e historia*, Adriana Hidalgo editora: Buenos Aires, 2007.

<sup>15</sup> Galende, Federico, *Walter Benjamin y la destrucción*, Ediciones metales pesados, Santiago, pp 13-14

<sup>16</sup> Ibid, p 69

<sup>17</sup> Blanchot Maurice, *La escritura del desastre*. Monte avila editores p 65

INFANCIA Y LITERATURA. WALTER BENJAMIN Y EL PROBLEMA DE  
LA LITERATURA INFANTIL

- Benjamin, Walter. Escritos. *La literatura infantil, los niños y los jóvenes*. Ediciones Nueva Visio: Buenos Aires, 1989.
- Benjamin, Walter. El origen del drama barroco alemán, Madrid: Taurus, 1990.
- Benjamin, Walter. La dialéctica en suspenso. *Fragmentos sobre la historia*, Santiago: Arcis-Lom, 1995.
- Benjamin, Walter. Obras, Libro I /vol.1, Madrid: Abada, 2007.
- Benjamin, Walter. Obras, Libro II /vol.1, Madrid: Abada, 2007.
- Blanchot Maurice, *La escritura del desastre*. Monteavila editores: Caracas, 1990
- Galende, Federico, *Walter Benjamin y la destrucción*, Ediciones metales pesados: Santiago, 2009.
- Mistral, Gabriela. Poesía Infantil. Editorial Andrés Bello: Santiago, 1986.
- Mistral, Gabriela, *Desolación*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1990
- Oyarzún, Pablo, *La letra volada. Ensayos sobre literatura*, Ediciones universidad diego portales, Santiago, 2009
- Thayer, Willy, *El barniz del esqueleto*, Palinodia, Santiago, 2011